

CULTURA



Una ilustración de Barbabuela, de El Hematocrítico y Eugenia Ábalos, editado por Nórdica.

La multiplicación de publicaciones con vocación esencialmente formativa divide al sector. Autores, libreros y editores debaten los pros y contras de esta tendencia

El dilema de la literatura infantil: transmitir valores o entretener

TOMMASO KOCH, Madrid
En 17 años, Toni Fernández ha vivido muchas aventuras. Ha sorteado mares oscuros, dado cobijo a guerreras y magos, descubierto animales de lo más extraños. Y también, por supuesto, afrontado la fantástica peripecia de quitarse el chupete o conquistar un pupitre. Es lo que ha visto durante casi dos décadas entre las estanterías de su librería infantil y juvenil Baobab, en Palma de Mallorca. Aunque, desde hace un tiempo, se repite ante sus ojos otro suceso peculiar: “He notado un exceso de publicaciones, sobre todo en álbum ilustrado de dos a seis años, cuyo único objetivo es solucionar cualquier tipo de problema o transmitir el mensaje que quieran las familias”.

De ahí que crezcan las visitas a su librería de un perfil concreto, el mismo que reciben en Sopa de Sapo, en Bilbao, o El faro de los Tres Mundos, en Lugo: los padres en busca de “libros para”. ¿Leer? Claro, pero no solo. Acostumbrarse al orinal, superar un duelo o los celos por un hermano. Y, hoy en día, formar niños que contribuyan a un mundo mejor, más inclusivo, ecológico o feminista. La lista es larga: las criaturas, al fin y al cabo, aún deben aprenderlo todo. Pero ¿cómo? Y, en todo caso, ¿les corresponde a los libros el papel de maestros? He aquí uno de los debates más complejos que divide a la literatura infantil.

Conviene partir, pues, de las certezas. Los ocho entrevistados para este reportaje (entre autores, editores, educadores, estudiosos y libreros) coinciden en que siempre ha habido libros volcados en enseñar a los pequeños. “Los cuentos tradicionales ya buscaban fomentar un valor, según el modelo educativo de cada épo-

ca. Hoy hay otra sensibilidad y las historias se han adaptado”, aclara Almudena González Petronila, orientadora educativa en el Equipo de Atención Temprana de Tetuán (dependiente de la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid). Pero, a la vez, todas las fuentes detectan un aumento de obras con una función declarada: sensibilizar hacia el medioambiente, alertar contra el acoso o la homofobia, ayudar a la educación emocional... Nadie duda de que las causas se antojen tan justas como fundamentales y apoyan que la literatura, como la sociedad, las toque. Otra cosa, sin embargo, es que surjan por obligación. O que acaben por fagocitar tramas, personajes y creatividad.

“Todo libro transmite en sí mismo no solo unos valores concretos, sino temas. Ya que mensaje siempre hay, deberíamos discutir cómo lo abordamos y si creamos una literatura infantil a favor del arte o la convertimos en un panfleto”, reflexiona la mediadora literaria Mónica C. Vidal. Y a partir de aquí se desatan discrepancias e interrogantes: ¿es importante que las obras para los pequeños incluyan un mensaje positivo? ¿Puede la apuesta por los valores condicionar, reducir o arrinconar la calidad de un texto? ¿La demanda de los padres ha de escucharse, conducirse o hasta ignorarse? Y, de todos modos, ¿las causas se pelean por justicia y compromiso, o porque están de moda y pueden reforzar el beneficio económico?

“La literatura infantil siempre se ve como sospechosa por sí mis-

Los expertos coinciden en que la obra, ante todo, tiene que ser buena

Hoy en día, el mensaje importa, pero ¿qué busca un niño cuando lee?



Una ilustración de Yo voy conmigo, de Thule Ediciones.

ma. Tengo la sensación de que necesita tener un extra de contenido pedagógico para que sea legítima: no le llega, como la de los adultos, con que sea fascinante. Me parece una aberración”, afirma Miguel López, conocido por su nombre artístico, El Hematocrítico. Y por libros repletos de humor, ya sea para edades avanzadas o minúsculas. Tal vez su Barbabuela (Nórdica) enseñe, de paso, a no juzgar por las apariencias. Y Las letras locas (B de Blok) contribuye a interiorizar el abecedario. Pero la prioridad resulta evidente: entretener, divertir, hechizar. Él mismo pone como otro ejemplo la saga de Sapo y sepo, de Arnold Lobel, aunque basta con echar un vistazo a las estanterías: obras recientes como Una habitación muy ruidosa (de Alicia Acosta y Lucía Serrano, en Flamboyant) o clásicos como Meg y Mog (de Jan Pienkowski, en Blackie Books) no parecen preocuparse mucho por el mensaje. Entre otras cosas porque, en el fondo, alimentan otra causa más que necesaria: generar amor por los libros y un hábito lector para toda la vida. “Se ha demostrado que la literatura en valores funciona. Pero hay editoriales detractoras, que hablan de que el buen libro debe tan solo ser buena literatura. Separarla de ciertos temas que preocupan a la sociedad es absurdo. La gente quiere que le hablen de cosas importantes y de actualidad. Concienciar para que sean futuras y futuros ciudadanos éticos me parece extraor-

dinario”, argumenta Luis Amavisca, escritor y editor de nubeOCHO. El catálogo del sello resume bien su visión. Y, a la vez, los matices de la discusión. “Sigue habiendo literatura infantil machista, con terribles sesgos de género o excluyente con las minorías. El tema principal no tiene porque ser un mensaje positivo, pero si aparece de forma transversal es valorable. Si es cierto que a veces hay libros donde es lo único. Estoy en contra. Pero el mercado es libre, ¿no?”, insiste Amavisca.

Otras fuentes expresan más preocupación y un cálculo distinto. “En la mayoría de los casos se está priorizando el mensaje sobre la calidad literaria”, apunta Fernández. “Hay un montón de publicaciones muy flojas”, agrega Susana Barro, librera de El faro de los Tres Mundos. Las hay, evidentemente, también maravillosas.

Aunque lo cierto es que la promoción de muchos libros infantiles otorga a los valores una importancia parecida, o superior a la trama, como se ve en sus notas de prensa o en la contraportada. “Si se intenta crear un niño lector, el único objetivo debe ser entretener y, a ser posible, con una buena historia. Una mala historia que ‘enganche’ también tiene caída a la hora de generar afición, como tenía claro Roald Dahl”, destaca Elvira Cámara Aguilera, profesora de Traducción en la Universidad de Granada.

Mónica C. Vidal compara dos libros con asunto parecido (el bullying y “la pérdida de identidad por agradar a los demás”), pero soluciones muy distintas. Cree que Yo voy conmigo, de Raquel Díaz Riguero (Thule), se muestra más “tranquilizador” y “pone el foco en la visión infantilizada del público que el adulto prevé. Mientras que en Juul, de Gregie de Mayer (Lóquez), la pendiente es mucho más empinada”. Su opinión literaria se inclina hacia el segundo. El mercado convirtió Yo voy conmigo en un superventas.

Gurús de la crianza

“Las redes sociales han dado un altavoz a demasiados gurús de la crianza respetuosa que se creen con la capacidad de dar consejos y, peor aún, de escribir un libro. Y grandes sellos les publican por el simple hecho de que tienen miles de seguidores”, acusa Toni Fernández. Y Susana Barro apunta hacia otro frente: “Un escritor o ilustrador no siempre es un especialista en psicopedagogía”.

Roald Dahl siempre defendió que él escribía para sus pequeños aliados. Evidentemente, no compran los niños, sino los padres. Esmerados, se supone, en darles a sus hijos la mejor crianza posible. “Los libros obviamente conductistas pueden tener un espacio. El problema es si nos limitamos a ellos”, agrega Naia Hernández, de la librería Sopa de Sapo. Y comparte que el desenlace no siempre está escrito: “Tenemos la suerte de que nuestros clientes se dejan recomendar”. Siempre hay alguien que entra pidiendo “algo para un niño de seis años” que “ama los dinosaurios” o “tiene miedo de la oscuridad”. Puede que se lo lleve, pero también que salga con una obra un poco, o totalmente, distinta. Es lo que tienen los buenos debates. Y los buenos libros.